

HOJAS DE OTOÑO

PREFACIO

El actual momento político es rumor sordo que producen las grave, nadie lo duda, y el autor revoluciones, hundidas aún en menos que ninguno. En el interior están puestas en tela de juicio todas las soluciones sociales, todas las piezas principales del cuerpo político están metidas en la fragua de una revolución y colocadas en el yunque sonoro de la Prensa; la antigua palabra *pairia*, que en otros tiempos fué tan brillante casi como la palabra *monarquía*, se transforma como ésta y cambia de sentido; resuena perpetuamente la tribuna en la prensa y la prensa en la tribuna; el motín se hace el muerto. En el exterior, aquí y allá, ante la faz de Europa, se asesina a pueblos enteros, se les deportan en masa, se les carga de cadenas; Irlanda está convertida en un cementerio, Italia en un presidio; la Siberia se puebla con los desterrados de Polonia; en todas partes, hasta en los Estados más tranquilos, sale de su lugar algo carcomido, y llega a todos los oídos el

rumor sordo que producen las revoluciones, hundidas aún en menos que ninguno. En el interior están puestas en tela de juicio todas las soluciones sociales, todas las piezas principales del cuerpo político están metidas en la fragua de una revolución y colocadas en el yunque sonoro de la Prensa; la antigua palabra *pairia*, que en otros tiempos fué tan brillante casi como la palabra *monarquía*, se transforma como ésta y cambia de sentido; resuena perpetuamente la tribuna en la prensa y la prensa en la tribuna; el motín se hace el muerto. En el exterior, aquí y allá, ante la faz de Europa, se asesina a pueblos enteros, se les deportan en masa, se les carga de cadenas; Irlanda está convertida en un cementerio, Italia en un presidio; la Siberia se puebla con los desterrados de Polonia; en todas partes, hasta en los Estados más tranquilos, sale de su lugar algo carcomido, y llega a todos los oídos el

Indudablemente en semejantes

momentos, ante el conflicto de las ideas, de las creencias y de los errores, que están embebecidos en dilucidar y en redactar después de discusión pública la nueva fórmula de la humanidad en el siglo diez y nueve, se tendrá por una locura publicar un libro de versos desprovistos de interés. Pero, ¿por qué ha de ser locura?

El autor ha creído siempre que el arte tiene su ley, que nunca deja de seguir, como todo lo del mundo. ¿Porque la tierra tiemble no hemos de poder caminar? Fijaos en el siglo diez y seis; ese siglo marca una gran época para la sociedad humana, pero también una gran época para el arte: fué el paso de la unidad religiosa y política a la libertad de conciencia y a la libertad social; el paso de la ortodoxia al cisma, de la disciplina al examen, de la gran síntesis sacerdotal, que constituyó la Edad Media, al análisis filosófico, que la disolverá, es todo eso; y es también el cambio magnífico y deslumbrador de innumerables perspectivas desde el arte gótico hasta el arte clásico. Es en todas partes en el suelo de la antigua Europa el advenimiento de nuevos sucesos y al mismo tiempo la aparición de obras maestras del arte. Mientras se convocaba la dieta de Worms, se estaba pintando la capilla Sixtina. En aquella época vive Lutero, pero también vive Miguel Ángel.

Porque en la hora presente

algunas antiguallas vayan desapareciendo entre nosotros una tras otra, no es motivo para que no surjan otras novedades de sus escombros; para que el arte, que es eterno, no continúe floreciendo entre las ruinas de una sociedad que ya no existe y entre los albores de una sociedad que no existe todavía. Porque en la tribuna haya muchos Demóstenes y Cicerones, porque contemos con demasiados Mirabeau, no es esto motivo para que no podamos tener en algún obscuro rincón un poeta. Es cosa evidente que, cualquiera que sea el tumulto de la plaza pública, el arte persiste, el arte se empeña siempre en ser fiel a sí mismo, *tenax propositi*: porque la poesía no se dirige sólo a un vasallo de una monarquía, o a un senador de una oligarquía, a un ciudadano de una república, ni al hijo de ninguna nación; se dirige al hombre en absoluto. Al adolescente le habla de amor, al padre de la familia, al anciano del pasado, y hágase lo que se quiera, cualquier carácter que tengan las revoluciones futuras, a pesar de todos los cambios políticos, existirán siempre niños, madres, doncellas, ancianos y hombres que amarán, que gozarán y que sufrirán. Para ellos, pues, se escribe la poesía. Las revoluciones, que son los gloriosos cambios de edad de la humanidad, todo lo transforman, menos el corazón humano. El corazón humano es como la tierra; puede sembrar-

se, plantarse o edificar lo que se quiera en su superficie; pero no por eso dejará de seguir produciendo sus verduras, sus flores y sus frutos naturales; jamás las azadas ni las sondas le perturbarán en sus profundidades; continuará siendo siempre tierra, como él será siempre corazón humano; será siempre él la base del arte, como ella sigue siempre siendo la naturaleza. Para destruir el arte sería preciso destruir primero el corazón humano.

Puede presentárenos una objeción de otra clase. No cabe duda que hasta en el momento más crítico de una crisis política puede aparecer en el horizonte una obra de arte; pero la atención y la inteligencia de todo el mundo, ¿no serán absorbidas en la obra para que se fijen todos los ojos en esta obra de arte? Esta sólo es cuestión de segundo orden, cuestión de éxito; cuestión del librero y no del poeta. Los hechos contestan ordinariamente sí o no a las objeciones de esta clase, que en el fondo son poco importantes. Indudablemente hay momentos en que los negocios materiales de la sociedad se imponen y los accidentes políticos que se encuentran en el camino embrollan y absorben la atención general; pero ¿esto qué importa? Además, porque el viento no sea favorable para la poesía, según se dice, esto no es un motivo para que la poesía no desplegue el vuelo.

Al contrario que los buques, los pájaros sólo vuelan bien contra el viento, y la poesía es como los pájaros. *Musa ales*, dice un escritor antiguo.

Por este motivo es más hermosa y más fuerte cuando se lanza en medio de los huracanes políticos. El que siente la poesía de cierto modo, prefiere verla habitar en las montañas y entre las ruinas, cerniéndose sobre los aludes, batiendo sus alas mientras ruge la tempestad, que verla que huye en busca de primavera eterna; prefiere que sea águila a que sea golondrina.

Apresurémonos a declarar ahora que en todo lo que el autor acaba de decir, para explicar la oportunidad de dar a luz el libro de verdadera poesía que aparece en los momentos en los que la prosa domina en los espíritus, y que tal vez publica por eso, no ha querido aludir ni remotamente a su propia obra, cuya insuficiencia conoce. Comprende el autor que el artista que es capaz de probar la vitalidad del arte en medio del estruendo de una revolución, el poeta que hace brillar la poesía entre dos motines, es un gran hombre, es un genio, un ojo, *ofzalmos*, como dice admirablemente la metáfora griega, y el autor nunca tuvo la pretensión de aspirar al esplendor de altos títulos. No; si publica en este mes de noviembre de 1831 las HOJAS DE OTOÑO es porque cree que es curioso ofrecer a la luz

pública el contraste que ofrecen la tranquilidad de sus versos y la agitación febril de los espíritus. Experimenta, al abandonar este libro inútil al oleaje popular, que arrastra por el suelo tantas obras mejores, el placer melancólico que se encuentra en lanzar una flor a un torrente para ver lo que le sucede. Si se le permite usar una imagen algo atrevida, dirá que el volcán de una revolución se abrió ante sus pies, le tentó y se precipitó en él. Sabe perfectamente el autor que Empedocles no es un gran hombre y que sólo ha quedado de él la huella de su zapato.

Deja, pues, tranquilo que este libro siga su destino *liber ibis in urben*, y mañana se volverá a otra parte. Además, ¿qué representan estas páginas que entrega al acaso, para que las arrastre el primer viento que sopla? Hojas caídas, hojas muertas, como las hojas del otoño. No se encontrará en estas páginas poesía ruidosa y tumultuosa, sino versos serenos y apacibles, versos de familia, del hogar doméstico, de la vida privada, versos del interior del alma. Son como miradas tristes y resignadas que se lanzan aquí y allá, sobre lo que existe y sobre lo que ha existido; representan el eco de esos pensamientos, inexpresables muchas veces, que despiertan confusamente en nuestro espíritu los mil objetos de la creación que sufren o que languidecen a nues-

tro alrededor; una flor que se marchita, una estrella que cae, un sol que se pone, una iglesia sin techo, la llegada inesperada de un amigo de colegio casi olvidado, pero siempre querido en lo íntimo del alma; la contemplación de los hombres de poderosa voluntad que cambian el destino, o a quienes éste destroza; el paso por el mundo de uno de esos seres débiles que no piensan en el porvenir, ya sean niños, ya sean reyes. Encarnan también estas páginas la vanidad de los proyectos y de las esperanzas, el amor a los veinte años y a los treinta; describen la tristeza que se encuentra en la dicha, se ocupan de la infinidad de pesares que nos asaltan en la vida; son esas elegías que el corazón del poeta deja escapar por todas sus hendiduras

Hace dos mil años que dijo Terencio: *Plenus rimarum sum; ac atque illac Perfluo.*

Este es el sitio oportuno de contestar a los que preguntaron al autor si comprendería en este libro las dos o tres odas que le inspiraron los acontecimientos actuales y que publicó en otras partes. El autor no puede satisfacer estos deseos, porque en las HOJAS DE OTOÑO no cabe la poesía que se llama política y que él llama histórica: esas poesías vehementes y apasionadas perturbarían la calma y la unidad de este libro; además, el autor piensa incluirlas en una colección de poesías políticas, que espera para

publicarla un momento más oportuno.

De lo que será esa colección, de las simpatías que la hayan inspirado, se puede juzgar por la poesía cuarenta del libro que publicamos. Esto no obstante, en la posición independiente y desinteresada en que el autor permanece, desprovisto de odio y de gratitud política, sin deber nada a los poderosos de hoy, cree tener derecho para decir de antemano que estos versos los ha producido un hombre honrado, sencillo y serio, que desea todas las libertades y todos los progresos, siempre que se realicen con precaución y con prudencia; que en realidad no profesa la misma opinión que profesaba diez años atrás sobre los varios incidentes que constituyen las cuestiones políticas, pero que en este cambio de convicción siempre le aconsejó la conciencia y nunca su propio interés. Repetirá también lo que ya ha dicho en otra parte, esto es, que cualquiera que sea su par-

cialidad apasionada en favor de los pueblos en la inmensa cuestión que se agita en el siglo diez y nueve, entre ellos y los reyes, no olvidará nunca las opiniones, la creencia, ni los errores de su primera juventud. No necesitará que nadie le recuerde que era a los diez y siete años estuardista, jacobino y caballero; que casi amó a la Vendée antes que a la Francia; que si su padre fué uno de los primeros voluntarios de la gran República, su madre, cuando tenía quince años, fué un vendeano como madame de Bonchapel y como madame de La Rochejaquelein. Jamás insultará a la raza caída, porque tuvo fe en ella; por otra parte, cualesquiera que sean las faltas y aun los crímenes, esta es la época de pronunciar el nombre de Borbón con gravedad y con respeto, ya que en el día de hoy el anciano que fué rey tiene coronada la cabeza de cabellos blancos.

París, 24 de noviembre de 1831.